

KALIXTI
EL ENIGMA DE LAS
SIETE ESTRELLAS



LA BRÚJULA DEL PEREGRINO

PEDRO TERRÓN



El rastro de las joyas kalixtinas une a Runy y Dámeris, los protagonistas, en un apasionante proyecto arqueológico de futuro incierto. Si en el presente ambos se enfrentan a un nuevo peligro —ellos mismos—, en el pasado, el drama es aún mayor: reviven una dura experiencia tan conmovedora como épica. El Universo sigue enredando los destinos de Dámeris y Runy con nuevos y apasionantes retos: buscar la cuarta estrella, localizar una antigua escultura ¿idéntica? a la Dama de Elche y... evitar el amor. Tres pruebas difíciles de superar teniendo en cuenta que trabajarán juntos recorriendo los lugares más bellos de Ibiza.

Agradecimientos

A Pastora y Pedro: mis añorados padres.
Desconozco qué mecanismo activa esa fuente inagotable llamada inspiración. Ignoro si vosotros, desde el «otro lado», tenéis la facultad de abrir tan valioso manantial. Para mí, un misterio es bien cierto, sentado frente al ordenador en la soledad de la noche, muchas veces sentí vuestros ojos asomados por encima del hombro, fijos en la pantalla. De algún modo, que escapa a mi justo entendimiento, tenéis mucho que ver con el resultado final de esta obra. Me ayudasteis en esta vida y seguís haciéndolo desde la otra. Soy un hijo increíblemente afortunado. Os sigo queriendo tanto como cuando podía sentir vuestros inolvidables abrazos.

A Conchi: mi suegra celestial.

Empiezo a creer que el «más allá» está más acá de lo que imaginamos. Presiento que tus activas manos también intervinieron para que pudiese aprovechar esa inspiradora iluminación de una manera eficaz. Siempre serás mi segunda madre.

A mi AMIGO Fernando Marañón. Un escritor templado con lava de volcán y enfriado en sangre de tigre.

A Cris Carneiro Pena por enfrentarse con éxito a un verdadero reto. Gracias por regalarme un impecable párrafo escrito con el alma de una avezada escritora (último párrafo, pag. 284).

A Iñigo Ortiz por tener razón: «todo lo que va lento, es señal de que va bien».

A Irene Aragón por sus valientes opiniones y por cumplir su palabra.

A Ruth Hernández por ser capaz de extraer y fotografiar expresiones de mi alma.

A Daniel Moraleja, experto en espeleobuceo, por sus conocimientos sobre rastreos submarinos.

A Lorena Pajares, coordinadora de AFESIP en España, por cedernos algunas realidades terribles para nuestra pequeña ficción.

A ese puñado de amigos de Sri Lanka, por comprender desde el principio que su tragedia puede servir de aviso, aunque sea a través de una obra humilde como es esta.

Al maestro Salgar i, por cumplir otros cien años, joven e inmortal.

A Chambao, por aportarle música a todos los senderos de la isla resplandeciente.

A «ellos», donde quiera que estén.

Y a todos aquellos que participaron de algún modo en esta edición.

Cuando apoyo las manos sobre el teclado, mi temeraria vocación de fabulador es la que manda, pues siempre he escrito para lectores que se dejen llevar, más allá de precisiones y certezas, por la aventura misma, por el placer de recorrer una senda impredecible. Planteo la advertencia ante determinados párrafos que quizás no describan con rigurosa exactitud las servidumbres de la arqueología, las medicinas milenarias o la técnica del buceo, por citar tres ejemplos. Yo soy el único culpable. Tan solo pretendo coger lo necesario y nada más. En Kalixti hay que viajar ligero de equipaje.

Creo que me lo perdonan y por eso les doy las gracias.

Prólogo

El rastro de siete estrellas de fuego me condujo hacia la Feria del Libro de Madrid. Allí conocí Kalixti. Allí conocí a Pedro Terrón, quien en el rincón de una caseta blanca, atendía a los aficionados de la saga con un cariñoso desparpajo que con el tiempo he descubierto es «marca de la casa».

Conectamos enseguida. Me habló del proyecto y, generosamente, me obsequió los dos primeros volúmenes de su obra.

Así empezó todo.

Descubrí entonces a un narrador nato, jovial y preciso. Hallé a un fabulador, a un hacedor de vidas e historias que es capaz de tallar una saga diferente a las conocidas hasta ahora. Una saga en donde la lucha incesante del bien y del mal está en el centro de uno mismo, donde la búsqueda de la identidad nos lleva hacia la felicidad esquivada y la amistad heroica.

El primer libro de esta colección, *La ciudad perdida*, emerge como una luz que titila en medio de la noche de la Humanidad, esa noche que sigue soplando a pesar de los siglos y el progreso científico de nuestra civilización.

En *La llave del amanecer*, segunda entrega de Kalixti, Pedro Terrón se viste con la piel de Dámeris, su hermosa heroína, para regalarnos aventura, misterio, romance dentro de las exóticas tierras de Sudamérica.

Esta vez es el turno de *La brújula del peregrino*, novela que apenas terminé de leer me impulsó a conversar con

Pedro para sumar esfuerzos en esta edición y desvelar así, el celoso secreto que encierra.

Creo que ha llegado el momento de hacerlo.

La búsqueda de las estrellas continúa. Y con ella, la historia de dos almas gemelas más allá del tiempo, salpicada de hallazgos arqueológicos, citas clandestinas, locuras temporales y viajes a civilizaciones remotas. Encontrarás a tus amigos como si acabases de cruzártelos ayer: Runy, Dámeris, Miros Tolsen, Jorge, Sirion, Yarami... Personajes llenos de encanto que se enfrentan a su imprevisible destino con el coraje de los héroes imperecederos.

La «nueva vieja vida» de Runy, rescatada de su más lejano y turbulento pasado, es una aventura apasionante. En ella, el muchacho impulsivo se convierte en un hombre entero; y el príncipe orgulloso aprende al fin a ser rey. Con la habilidad de un narrador maduro y el respeto de un sencillo aprendiz, Pedro nos invita a acompañar a Runy, convertido esta vez en el príncipe Kasim, para enfrentarnos con él a la amenaza de un enemigo invisible, al laberinto de una selva impenetrable, a la sabiduría de los viejos reyes, al amargo sabor de la venganza o a la prueba más difícil de todas: el amor verdadero.

Prepárate para este fascinante viaje al pasado —cita ineludible en todas las novelas de la saga—, que ayuda a Runy y sus amigos a comprender el misterio del presente, el riesgo que amenaza a nuestra civilización y el poder curativo de las estrellas.

En definitiva, Kalixti en estado puro.

Santos Rodríguez, Editor.

SIGLO IV DE NUESTRA ERA

Atardece en el paraíso. Un paraíso en forma de lágrima, la lágrima de la India, la perla de Oriente. Una perla rebosante de manglares y junglas, de dagobas y palacios, de playas de ensueño y tierra fértil. Una tierra que, siglos después, olerá a canela, a cacao y a té e inspirará a los intrépidos marineros árabes a bautizarla con el nombre de Serendib, que significa hallazgo inesperado.

Pero el inicio de este relato se sitúa incluso antes de que Marco Polo, el veneciano infatigable, tuviese la oportunidad de hollar sus senderos, de aspirar las fragancias que desprenden muchas de sus montañas. Cumbres de lomas sinuosas como la que acaba de dejar atrás un viajero cansado, un peregrino sin vocación que huye de su destino. Ha forjado uno nuevo a costa de audacia y, mientras cruza la selva a lomos de un joven elefante indio, prefiere recrearse en un futuro pleno de riquezas, que en el pasado, sucio de traiciones.

Apenas se apagó la mancha de fuego allende el horizonte, un mar de sombras se adueña de una tupida pradera, en uno de los pocos claros de la selva que, rápidamente, va perdiendo su color. El paquidermo descansa con una pata atada a una recia palmera mientras su dueño, tumbado sobre una estera gastada, trata de poner en orden sus emociones. Lleva a sus espaldas bastantes más kilómetros de los que hubiese deseado, muchas horas de interminable andadura que soportaron más sus posaderas que las espaldas.

Rayimo, así se llama, a pesar de considerarse un apátrida, un salteador de oportunidades desesperadas, ha conseguido lo que se proponía. Y, rodeado de soledad, intenta retroceder en el tiempo unas semanas atrás para hacer balance. La paz del momento invita a sincerarse consigo mismo. En silencio, reconoce que no se siente nada orgulloso de los errores que cometió en el pasado. Entre los desatinos más recientes hubo uno que dejó huella en su memoria. La conciencia le recrimina una y otra vez su cobardía ante un hecho infame por el que no ha sufrido castigo... Todavía.

Hace poco fue cómplice en el martirio de un hombre a quien abandonaron después de darlo por muerto. Aún recuerda la imagen de aquel joven indefenso y maniatado al tronco de un árbol. Aún lucha por olvidar aquella escena. Noche tras noche, ruega para que la ley de la causa y el efecto, la creencia más arraigada de su pueblo, no sea del todo cierta. Quizás el oro pueda servirle para escapar a sus garras.

El viajero acaba de engullir una liviana cena y se dispone a conciliar el sueño, pero —a pesar del cansancio— le va a costar hacerlo. Los últimos acontecimientos le crean desasosiego. Esta misma tarde, sin ir más lejos, escondió lo único que garantiza la que será sin duda una nueva vida de abundancia que le resarcirá de lodo. En una zona poco frecuentada, enterró una caja cuyo contenido y verdadero valor sí sabe pero no comprende.

Esto ocasiona en su interior emociones encontradas. Por un lado, la satisfacción del objetivo cumplido; y por otro, el cargo de conciencia que supone haberlo hecho con el fruto del robo al joven que abandonaron a su suerte. Su mala suerte.

Las inquietudes y sinsabores que siente en el silencio de la noche, amainan cuando recuerda que está pronta la hora de recibir una generosa recompensa. Tras esconder el objeto, se dirige hacia una bella ciudad de regios palacios, de

nobles construcciones habitadas por personajes igualmente nobles... y acaudalados.

Paladeando la inminente victoria, se dispone a cerrar los ojos pero un movimiento sospechoso se lo impide. El rugido cercano de una fiera le pone en guardia demasiado tarde. Súbitamente, entre las sombras surge una figura enorme que se abalanza sobre él. Intenta incorporarse para agarrar el puñal, pero antes de conseguirlo la furia del animal lo arrasa. Enseguida siente unos colmillos buscando su frágil garganta y con las manos trata, a duras penas, de sujetar la embestida.

Cuando está a punto de alcanzar y empuñar su afilada arma, un segundo felino le ataca con idéntica saña. Sabe que está perdido, no tiene ninguna opción frente a una pareja adulta de leopardos. Los zarpazos se suceden y la carne se desgarran ante la fuerza de afiladas uñas y dientes. Sus gritos desesperados no encuentran respuesta. Está solo e indefenso.

Tras una lucha tan encarnizada como breve, el cuello del viajero es un manantial de sangre. Las fauces ya no sueltan la presa y, exhausto, el pobre hombre se rinde dispuesto a morir. Pero antes de hacerlo, asume con resignación que nadie sabrá jamás dónde escondió la extraña pieza que, por circunstancias inexplicables, cayó en sus inmerecidas manos.

Allí, enterrada entre piedras y olvidos, dormirá plácidamente por los siglos de los siglos.

Y aún tiene tiempo para pensar algo más. En el último aliento de vida recuerda la creencia de su pueblo: recibes lo que das. Muy a su pesar no le queda más remedio que aceptar la vigencia de esa ley eterna; nadie puede eludirla.

Al igual que con los leopardos, no pudo escapar de sus garras.

ORLANDO, NOVIEMBRE DE 2003

Hace meses que no nos vemos y, después de tanto tiempo, aún no sé cómo encabezar este *e-mail*: ¿Querido Runy? ¿Querido Anur? ¿Querido Enuros? ¿Cuántos nombres más te pertenecen y te esperan ocultos en tus vidas pasadas?

Quizá nunca tengamos la oportunidad de saberlo, aunque el camino de estrellas que parece extenderse ante nosotros apenas si acaba de empezar. Lo que sí puedo decirte es que, después de que nos despediéramos, regresé a Orlando, al museo y a John, pero nada volvió a ser como lo recordaba. Por una parte, el miedo a que Chalmu^[1] volviera para acabar conmigo tardó bastante tiempo en disiparse. Y por otra, la disciplina arqueológica convencional me resultaba ahora torpe, casi pueril. Y aunque mis nuevos conocimientos abrían infinitas posibilidades de investigación, no podía compartir los más relevantes con nadie sin ser tachada de loca o de farsante. A pesar de todo, podría decirse que, en líneas generales, mi vida se parece otra vez bastante a la que fue antes de conocernos. Ya sabes, trabajo de archivo, becas de investigación, ciclos de conferencias y sencillas veladas caseras. De ahí que me haya decidido por fin a escribirte, refugiada en el salón de máscaras dónde una vez se rompió aquella que me condujo hasta ti.

Hace un par de semanas, visité a mis padres en Nueva York y hablamos de cómo me iban las cosas desde que no nos veíamos. Ya puedes suponer que omití la mayoría de mis descubrimientos más recientes en el campo de la histo-

ria y la arqueología, así que lo más interesante de nuestro encuentro fue lo que ellos me contaron. Te parecerá increíble, pero mis padres escogieron la Polinesia para celebrar su luna de miel y viajaron por Bora Bora y Tahití hasta la tierra que allí llaman el «Sur». ¿No lo adivinas? Me estoy refiriendo al reino de Tonga, la tierra de mis primeros antepasados. Imagino que he conseguido sorprenderte, mi viejo amigo español. Pues espera y sigue leyendo. Recorrieron el archipiélago, que hace 25 años era aún más hermoso y salvaje, y allí escucharon la leyenda de Dámeris, la princesa elegida para viajar al cielo a lomos de un león alado. El nombre les gustó tanto que decidieron ponérselo a su primera hija. Por eso me llamo Dámeris, igual que la primera vez que nos vimos en nuestra existencia más remota, cuando tú eras un noble tartesio demasiado fogoso y yo la voluntaria de Tongatapu.

Te confieso que, a veces, me despierto en mitad de la noche con la desagradable sensación de haber estado colgada de una cuerda sobre una poza llena de cocodrilos hambrientos. Y aunque enseguida me doy cuenta de que solo ha sido una pesadilla, tampoco puedo olvidar que el incidente sucedió de verdad. Pero no todos los sueños relacionados con Kalixti son terribles. En ocasiones, recuerdo el momento en que descendimos al fondo del mar y rescatamos la Llave del Amanecer entre los restos de un galeón olvidado o evoco la calidez de tu sonrisa al recuperar las Copas con Alma. Y en todo momento siento el poder de la estrella que escondimos juntos en el corazón de la selva para encontrarla tres siglos después.

Durante mucho tiempo, las experiencias vividas aquellos días han ocupado mi mente y transformado mi percepción del mundo. En el fondo, como sucede siempre que una zona de sombras —del pasado de la Humanidad o de uno mismo— se ilumina de pronto, apenas obtuve respuestas pero sí infinidad de preguntas. Pues, hasta donde yo sé, la mayoría de los voluntarios del proyecto Amarkún desco-

nocen aún su verdadera condición, e incluso que su vida no comienza en su último nacimiento, sino hace miles de años, antes de que Erkos se hundiera bajo las aguas del Atlántico. Pero Sirion sabe quiénes son y dónde se encuentran hoy, los protege con vuestra ayuda y aguarda el momento en que los conducirá a Kalixti para hablarles de la misión que emprendimos juntos en la antigüedad.

Si esto es así y cada vez que uno de nosotros vuelve a nacer, en otro lugar y con otro cuerpo, lo hace sin ningún recuerdo de sus vidas anteriores, ¿cómo supo Sirion en esta vida que él era aquel joven maestro de la primera Hermandad de las Estrellas? ¿Acaso los kalixtinos gozan de la facultad de recordar sin ayuda sus existencias pasadas o son capaces de controlar la reencarnación? ¿Ha estado Sirion esperándonos desde el principio, preguntándose durante generaciones cuándo reaparecerían las estrellas solares y los voluntarios de la Hermandad?

¿O solo esta vez, por circunstancias que soy incapaz de imaginar, Sirion descubrió como el resto de nosotros quién era realmente y qué papel jugaba en esta historia increíble?

¿Y Zoten? Si también ha vuelto a reencarnarse ¿cómo alcanzó a conocer su verdadero origen? ¿Cómo entró en contacto en el presente con quiénes la secundaban en aquella empresa que provocó el hundimiento de la Atlántida? ¿Existe otro modo de evocar vidas anteriores aparte del sillón de Kalixti que tú y yo conocemos? ¿Por qué Zoten permanece en la sombra? ¿Dónde están ahora Chalmu y los hombres oscuros?

Preguntas. Demasiadas preguntas para las que apenas tengo ninguna respuesta. De un modo u otro, hay una cosa de la que sí estoy segura: todo lo que nos sucede tiene su significado. Y el significado último hay que buscarlo donde todo empezó: acudimos a Kalixti por primera vez desde los lugares más apartados de la Tierra, para convertirnos en depositarios de un poder que cambiaría el curso de la Historia. Quisieron comprobar que éramos dignos de semejan-

te responsabilidad sometiéndonos al juego de las siete puertas. Y todos conseguimos salir airosos al primer intento. Todos menos tú.

He llegado a la conclusión de que, si no superaste las pruebas cuando lo hicimos los demás, fue porque algo importante, perdido en el transcurso de los siglos, debía regresar contigo al presente. Los individuos se reencarnan, es cierto, pero cada vez que esto sucede sus antiguos objetos personales se quedan atrás, luego se dispersan y finalmente desaparecen. Por eso, al visitar el Templo en esta vida, eres el único de los voluntarios que hoy conserva el objeto que cada uno de nosotros obtuvo al pasar aquellas pruebas: el medallón de Karnú.

De los demás, ninguno está en condiciones de saber qué habrá sido de su propio medallón. Pero tú tienes el tuyo, imagino que escondido en algún cajón de tu casa de Ibiza. Eso me ratifica en la idea de que el final de nuestra aventura tendrá lugar en ESTA vida. Y me pregunto una y otra vez qué peligro nos ayudará a sortear esa extraña pieza en esta extraña partida de ajedrez. En cualquier caso, te ruego que no te pongas en contacto conmigo. Por mucho que me guste pensar que esto pueda suceder, me basta con saber que en cualquier momento, tarde o temprano, sucederá. Y no creo necesario ni sensato anticiparnos a los acontecimientos. Porque he oído decir infinidad de veces que nuestro destino está escrito en las estrellas, pero nunca lo había creído... hasta ahora.

Fdo. Tu alma gemela.

IBIZA. FINALES DE FEBRERO DE 2005

Sentado frente a mi abarrotada mesa de trabajo, medito por enésima vez cómo voy a superar el mal bache que estoy atravesando. Aunque tratarlo como bache suena a eufemismo: socavón sería el término más apropiado.

Mirando sin ver, ignorando las letras e imágenes de la pantalla encendida del ordenador portátil, la mente se devana en hallar soluciones para la crisis generalizada que atenaza mi vida. Lástima que la nave industrial donde decidí refugiarme no potencie precisamente la inspiración.

Más allá del despacho me rodean válvulas, reguladores, manómetros y un sinfín de cachivaches. Muchas piezas alrededor, que con su silencio acentúan un sentimiento difícil de soportar: me siento solo, muy solo.

Ni siquiera la fiel presencia de Sulituán, mi incombustible submarino amarillo, logra paliar la embriagadora sensación de soledad. En estos momentos únicamente siento la compañía de una maleza de ideas dispersas agolpándose en el aire irrespirable de mi cabeza y del cerrado edificio.

Mucho antes de que sonara el despertador puse los pies en el suelo, no podía seguir por más tiempo en la cama. Le dije a Mónica, mi mujer, que ciertos asuntos pendientes requerían un tiempo de reflexión y vine hasta aquí para tratar de vislumbrar el rumbo correcto. Aquí, en mi segunda casa, en mi pequeño reino, en mi Valhalla como diría un guerrero vikingo.

No seré vikingo pero sigo siendo el guerrero de siempre. Aunque me siento un Runy distinto de aquel Rafael Ulloa Navas del Yelmo que un buen día, pronto hará cuatro años, se cruzó con un objeto luminoso que cambió su vida. En verdad no sé si fue aquella joya, aquella estrella de siete puntas la que me transformó. Quizás fuese todo lo que se ocultaba tras su intenso brillo: sus otras seis hermanas, las siete puertas, los siete voluntarios, el Proyecto Amarkún, la ciudad perdida, los kalixtinos, las reencarnaciones y, como no, los ojos más verdes del mundo.

Lo cierto es que ya no soy él mismo. Soy la suma de todos los que fui en el pasado. De los que conozco y de los que me quedan por conocer. Siempre y cuando mis múltiples problemas financieros no acaben antes conmigo.

Sin paños calientes: estoy arruinado. Lo cual, para mi desgracia, empieza a ser más habitual de lo que quisiera. Los apuros económicos se presentaron de improviso. Durante el 2004 gané bastante dinero organizando viajes por el fondo del mar para los turistas, pero todo se truncó cuando una señora, al descender por la escalerilla de acceso al submarino, cayó al suelo y sufrió una fractura en el tobillo.

Luego vino la denuncia, el seguro, la inspección y... el cierre temporal. Nos clausuraron el negocio por falta de seguridad y exigieron una serie de medidas complicadas y caras que deberían adoptarse en un plazo determinado.

Necesitábamos una solución inmediata. Varado Sultuán, hacían lo propio con nuestra fuente de ingresos. Pero el tiempo pasaba y la solución se demoró mucho más de lo previsto. Presentamos un sinfín de recursos y alegaciones pero no hubo forma de acelerar las cosas. Y cuando prácticamente se habían resuelto las modificaciones exigidas, vino lo peor. Nuestro cliente más importante —la cadena de agencias de viaje— llegó a un acuerdo con otra empresa de rutas submarinas y ocurrió lo inevitable: decidieron rescindir el contrato que manteníamos con ellos. Ese golpe